



REGISTRO DE ENTRADA
Ref: 03/094412.9/11 Fecha: 25/03/2011 10:27



Reg. Vicepresiden. C. Cult. D. Port. Gob.
Reg. Vicep. C. Cult. y D. y Port. Gob. (CA)
Destino: Registro Area Terr. Madrid-Capital

COPIA

Dir. Área Territorial Comunidad de Madrid
Educación
c/ Vitruvio, 2
Madrid

Madrid, 25 de marzo de 2011

Somos [REDACTED], padres de una adolescente de 14 años diagnosticada de Diabetes Mellitus tipo 1 desde 2007.

Nuestra hija está matriculada en el Colegio concertado El Valle I Valdebernardo de Madrid capital desde el curso 2003/04, fecha desde la que hemos abonado mensualmente la cantidad de 86€ mensuales en concepto de "donación a centros concertados" y 186,90 € anuales por "Gabinete médico y psico-pedagogo".

En noviembre de 2007 y cuando nuestra hija contaba casi once años, fue diagnosticada de Diabetes Mellitus tipo 1. De la noche a la mañana nuestro día a día sufrió un cambio considerable. Pasamos un primer mes de lágrimas y angustia en el que [REDACTED] nuestra hija, nos dio múltiples lecciones de responsabilidad, madurez y aceptación, puesto que desde el comienzo ella asumió con la mayor naturalidad la nueva circunstancia con la que debería comenzar a vivir. Apoyados por su endocrino y la monitora de Diabetes comenzamos los tres juntos a conocer la Diabetes; a cocinar, a vigilar, a tomar decisiones, a programar, a calcular,... a vivir. Durante el primer mes desde el diagnóstico [REDACTED] prácticamente no acudió a sus clases, pasamos muchas mañanas en el hospital recibiendo información y formación al respecto, y posteriormente estuvimos ingresados una semana para completar nuestra educación diabetológica. A pesar de esto, nuestra hija mantuvo al día sus tareas y no descuidó su nivel académico.

Cuando llegó el momento de retomar las clases, tal y como nos aconsejó la monitora en Diabetes, solicitamos hablar con el profesorado del Colegio para informarles de la nueva situación e incluso les brindamos la posibilidad, de que la propia monitora acudiera a impartir una mínima formación con la idea de normalizar la circunstancia de la niña y sucesivos alumnos que pudiesen verse en el mismo caso. La propuesta no fue aceptada ya que afirmaron que en el centro tenían más alumnos diabéticos y estaban sobradamente preparados y formados. Cabe decir que desde el debut de [REDACTED] intentamos ser lo más estrictos con lo pautado por su endocrino.

Nos vimos obligados a sacar a la niña del servicio de comedor al no disponer el mismo de un menú acorde con su nuevo régimen de comidas, puesto que la única solución que ofrecían era uno elaborado con lechuga y filetes a la plancha, menú que no se concilia con los actuales protocolos nutricionales de la dieta de una persona con diabetes en edad de crecimiento y en plena adolescencia. Esto conllevó la primera distinción.

Durante los cursos de 5º EP y 6º EP [REDACTED] comía en casa, acompañada por una cuidadora pagada por nosotros, puesto que nuestros horarios laborales no eran adaptables. A mitad de curso de 6º planteamos la posibilidad de que [REDACTED] comiese en el colegio aportando nosotros su comida equilibrada y medida, de cara al curso siguiente, pues el horario se modificaba y el tiempo del que disponían para comer era de hora y media, tiempo insuficiente para llegar hasta nuestro domicilio, comer y regresar, pues vivimos a cierta distancia. Aceptaron y como pago por el servicio nos cargarían un recibo de 30 €.

Antes de comenzar 1º ESO, y como ya es nuestra costumbre desde el diagnóstico de [REDACTED] solicitamos una reunión con el nuevo profesorado para explicar las posibles situaciones que pudieran darse, y entregamos fichas plastificadas con toda la información para cada profesor. En esta reunión

COPIA

acordamos que [REDACTED] comenzaría a hacer uso del comedor escolar con la comida preparada en casa, pero el importe no sería el pactado meses atrás, haríamos frente a una mensualidad de 59,65 €, justo la mitad del importe de cualquier alumno al que sirven primer y segundo plato, postre y pan.

A los pocos días de incorporarse después de su ingreso, hubo un incidente en la clase de nuestra hija y la tutora optó por expulsar del aula a [REDACTED] y a otra compañera durante 40 minutos. [REDACTED] solicitó permiso para coger su medidor de glucosa (herramienta indispensable e inseparable de ella desde el comienzo), sus galletas y su zumo, y la respuesta fue negativa. La niña pasó un largo rato intranquila y asustada pues durante los primeros meses las glucemias eran con mayor frecuencia bajas, y el riesgo de sufrir hipoglucemias era bastante alto, además dado el escaso tiempo transcurrido desde el diagnóstico todavía no sabía detectar los síntomas de las mismas y el hecho de estar separada de su medidor y sus alimentos de emergencia desencadenó en una angustia que hasta ese momento la niña no había experimentado.

Hablamos con la dirección del colegio y solicitamos que no volviese a repetirse esa situación bajo ningún concepto. Insistimos en lo importante que era que los profesores tuviesen la mínima formación en diabetes para evitar problemas como el ocurrido e incluso peores, y con poco agrado reiteraron estar sobradamente preparados.

A partir de ese momento nuestra intranquilidad aumentó y durante los 3 meses posteriores mi mujer estuvo de baja médica por depresión y todos los días de 9 a 13 h y de 15 a 17 h hacía guardia en la puerta del colegio con el móvil en la mano deseando que no sonara.

Se sucedieron los problemas y acudimos a la Inspección de Educación, en la que se nos aconsejó cambiar a la niña de colegio e incluso se nos brindó la posibilidad de hacerlo en ese momento, a mitad del curso escolar.

Al llegar el curso siguiente el colegio como cada año organizó las tan esperadas por los alumnos "Convivencias", y [REDACTED] como en años atrás quiso participar de estas. Hablamos con la tutora para saber si admitirían a la niña en la excursión, pues conocíamos el caso de una compañera de curso también diabética a la que habían prohibido participar en estos eventos por el hecho de ser diabética. Nuestra hija desde su debut ha sido autosuficiente en el manejo de su diabetes, desde el primer día se ha inyectado sola y ha conocido perfectamente las unidades de insulina que debía aplicarse, la cantidad y el tipo de alimentos que podía ingerir, y realizarse controles glucémicos y saber interpretarlos. La única dedicación "especial" que solicitábamos era que se la despertara a las 7 h de la mañana para que ella se administrara la insulina basal, insulina que todos los días debe administrarse en ese horario con marcada puntualidad. Hablamos con la tutora y se ofreció a realizar el esfuerzo de despertarla en ese horario, pero desde la dirección del colegio prohibieron a [REDACTED] participar de la actividad. Hablamos, suplicamos e imploramos que permitiesen que nuestra hija acudiese como una alumna más. Sus compañeras de clase se ofrecieron a despertar a [REDACTED] durante las convivencias, y así nos lo hicieron saber, y es curioso como unas niñas de 11, 12 y 13 años se han tomado mucho más interés por conocer lo que le está sucediendo a su amiga, teniendo conocimientos sobre la diabetes infinitamente superiores al profesorado, y sin exigírselo nadie, sencillamente porque es su amiga y los niños son más nobles y tolerantes. Toda su clase se fue y nuestra hija se quedó en casa haciéndonos preguntas incontestables del estilo a "¿qué le he hecho yo a Dios para que me castigue con esto?" "¿por qué en el colegio creen que ahora soy distinta?".

A partir de este momento nuestra relación con el colegio se convirtió en una pesadilla que aumenta a medida que pasan los días.

En las "Convivencias" para el curso de 1º de la ESO nos adelantamos al colegio contactando con la empresa que ofrecía el alojamiento y manutención, y explicándoles la circunstancia de [REDACTED]. Nos encontramos con una persona encantadora que aseguró estar dispuesta a responsabilizarse de nuestra hija. Esto molestó al colegio sobremanera, dado que se vieron obligados a tener que aceptar que la niña participase y sintieron su autoridad burlada.

El pasado mes de octubre volvieron a convocar "Convivencias" y ocurrió lo mismo, admisión para todos los alumnos y prohibición para nuestra hija. Volvimos a hablar con dirección, jefatura de estudios, tutora, ... no había nada que hacer.

En estas fechas y tras múltiples incidencias acontecidas, la relación con la dirección estaba hartamente contaminada y en vista de que las solicitudes no eran atendidas presentamos un escrito en el colegio, confiando que quedarán resueltas. (anexo 1).

En este escrito solicitamos que asignaran un lugar adecuado para que [REDACTED] se administrase la insulina, pues hasta ese momento lo hacía en los servicios del colegio y siguiendo la pauta de su endocrino éste es el último lugar en el que debe hacerse, por la falta de asepsis. Tras las múltiples reuniones con sucesivos tutores, jefes de estudio y directores, la alternativa ofrecida no era otra que el hueco de una escalera de paso, lugar que carece de toda comodidad e intimidad hablando de una adolescente que se inyecta en el abdomen, en los muslos o en los glúteos.

La segunda cuestión que planteamos no era otra que exigir un desglose de la factura de servicio de comedor, dado que encontramos excesivo el pago de 59,65 € y no entendíamos qué estábamos pagando.

Y la tercera y última, pero no menos importante, explicábamos que [REDACTED] es perfectamente autónoma con su diabetes y que podía y debía participar de todas las excursiones como una alumna más, con la única solicitud de que alguien la despertara para que ella se inyectara su insulina basal de las 7 h de la mañana.

Volvimos a ponernos en contacto telefónico con la Inspección de Educación y tras exponer todos nuestros incidentes el Inspector de Área parecía mostrar interés, hasta que preguntó el nombre del colegio y entonces algo cambió y su consejo fue que los problemas derivados de nuestra paternidad los resolviésemos nosotros como padres.

La respuesta (anexo 2) fue un auténtico disparate, pero en esta ocasión nos la ofreció José Luis Millán de las Heras, Administrador de la Fundación de Colegios El Valle. Aseguraron que el médico del colegio considera los aseos un sitio adecuado a la administración de la insulina. Para justificar el pago del comedor nos presentaron un escrito de otro colegio ajeno completamente a ellos y sustraído de Internet en el que se justificaba el pago del 50% de la mensualidad en los casos que no se disfrutara de la comida del mismo. Y en tercer lugar, respondieron haciendo referencia a cosas no solicitadas en el escrito en las que alegaban que un profesor no puede estar pinchando a una alumna cada dos horas, disparate que en ningún caso se ha solicitado jamás como puede verse en el escrito presentado por nosotros (anexo 1).

Veintidós días después de la presentación del escrito y tras nuestra insistencia diaria, recibimos la llamada de Marta Fernández Segundo, Jefa de Estudios, en la que nos informó que desde esa fecha [REDACTED] se administraría la insulina en el despacho de esta. Nuevamente su desconocimiento absoluto respecto a la diabetes provocó el desentendimiento. Solicité que enviáramos un fax exponiendo haber sido informados de que desde ese momento [REDACTED] utilizaría el despacho de la Jefa de Estudios en un horario fijo y una vez al día, y la diabetes no es así de precisa y tratamos de hacérselo saber, que lo habitual sería eso pero podía darse el caso de necesitar inyectarse más de una vez en la jornada escolar y fuera de ese horario estricto. Todo esto haciéndonos saber que nos estaban haciendo un favor y marcando una distinción con nuestra hija.

Mantuvimos una reunión con José Luis Millán en la que se acordó que el intentaría hacer algo para que [REDACTED] pudiese asistir a la excursión de modo normal. Pasaron los días y nadie se puso en contacto con nosotros. Llamamos en repetidas ocasiones al colegio El Valle Sanchinarro, que es donde el administrador tiene su despacho y nunca conseguimos que nos comunicaran con el.

A dos semanas de la excursión sucedió que poquísimos alumnos de la clase de mi hija habían abonado la convivencia, porque no tenían intención de ir. Esto debió sorprender a la dirección del colegio pues hicieron campaña telefónica hacia un gran número de familias preguntando por qué sus hijos no asistirían y animándoles a hacerlo. A los alumnos que no llamaron la tutora les preguntó personalmente e intentó exactamente lo mismo. Evidentemente a nosotros no nos llamó nadie, y a nuestra hija la tutora la excluyó del grupo de alumnos que podían asistir.

Se sucedieron los días y todos los alumnos asistieron excepto [REDACTED].

En noviembre de 2010 y a consecuencia de este último hecho decidimos dejar de abonar la "aportación voluntaria".

Desde el pasado mes de enero [REDACTED] ya no hace uso del servicio de comedor del colegio, porque durante los meses de septiembre, octubre, noviembre y diciembre los problemas también se han trasladado al comedor. [REDACTED] todas las mañanas llevaba un maletín con su comida preparada en casa con sus raciones de hidratos de carbono perfectamente medidas. Sucedió en varias ocasiones que al llegar a casa por la tarde en sus recipientes quedaban restos grandes de alimento, como en alguna ocasión ocurrió incluso el segundo plato entero, provocando esto un descenso de su glucosa

COPIA

importante. Y al quejarnos de la situación agravamos el problema, porque a partir de ese momento el modo de servir la comida de [REDACTED] era el siguiente: personal del comedor sacaba los recipientes delante de todo el mundo y con poca gana echaba la comida en los platos a la vez que en voz alta decía "¿así está bien?". Después de las vacaciones de navidad y en vista de que las cosas cada vez eran más difíciles optamos por darle de baja en el servicio de comedor.

El tratamiento de [REDACTED] y el de cualquier diabético pasa por sencillos pasos: insulina, alimentación adecuada y ejercicio. A la edad de nuestra hija resulta poco sencillo encontrar un deporte que le resulte lo suficientemente atractivo y hemos pasado por clases de baile, eternos paseos de fines de semana y periodos vacacionales. Pero no es suficiente y al comenzar este curso escolar hemos conseguido matricularla en un gimnasio al que asiste con nosotros y tratamos de hacerlo de un modo alegre y divertido para que ella lo considere como una actividad agradable y no una pesada obligación consecuencia de su diabetes. Hemos ido probando todas las clases colectivas que ofrece el gimnasio, y algunas son más beneficiosas para ella que otras, por lo que tratamos de asistir siempre que es posible. Sucede que los horarios de las clases colectivas en ocasiones coinciden con la salida escolar y nos imposibilita el poder acudir. Para ella es importante, es vital realizar ese ejercicio y así hemos hecho saberlo al colegio, al que hemos solicitado permiso para que dos días en semana pueda salir entre 25 y 30 minutos ausentándose esos minutos de las clases de Música y Alemán, respectivamente. Durante unas semanas lo hicimos y nos llamaron para informarnos que si eso seguía sucediendo informarían a la Inspección de Educación. Nos reunimos con Hipólito Martín, director del colegio y le explicamos que era un ejercicio necesario y que no comprendíamos cual era el problema dado que conocemos el caso de 3 alumnos de edad similar que juegan en equipos de fútbol profesional y se ausentan hasta días completos en épocas de exámenes para participar en torneos fuera de Madrid. Curiosamente uno de estos alumnos es el hijo de la directora de primaria. La respuesta fue altamente hiriente y jocosa alegando que era incomparable el orgullo que suponía para el colegio tener a esos alumnos con el hecho de que [REDACTED] acudiese a un gimnasio.

Contactamos con la Comunidad de Madrid para solicitar información sobre esta situación, y efectivamente nos dijeron que si un alumno se ausenta de un modo repetido el colegio debe autorizarlo, y que si se trata de deportistas de élite deben contar con un permiso especial de la Comunidad de Madrid, permiso que pongo seriamente en duda pues sé de adolescentes ajenos al colegio, que disponen de este permiso y están exentos de la asignatura de Educación Física, y ninguno de estos tres alumnos lo está.

Volvimos a presentar un escrito (anexo 3) en el colegio solicitando que se aplicara la misma benevolencia para nuestra hija que se aplicaba a esos tres alumnos jugadores de fútbol.

Otra respuesta (anexo 4) incoherente por parte del centro para darnos largas, pues nos pidieron un certificado del centro deportivo en el que explicara que no se puede modificar el horario de las clases colectivas.

Ya no hemos contestado porque más de tres años mareándonos nos parecen suficientes, y adjuntamos un informe de su médico en el que sugiere se facilite el horario deportivo (anexo 5).

Hace algo más de un mes [REDACTED] trajo una circular del colegio en la que se nos informaba que había sido seleccionada para presentarse al nivel 5 del examen "First Trinity", examen de nivel de Inglés que [REDACTED] realiza desde cursos anteriores. La inscribimos y pagamos los 60 € de la cuota de inscripción. En cursos anteriores con más de un mes de antelación a la prueba, el colegio realiza grupos en función al nivel de examen para preparar a los niños a la prueba. Hace dos semanas comenzaron a formarse esos grupos y a nuestra hija la obviaron. Ella pregunto a su tutora, a su profesora de inglés y a la coordinadora de idiomas cuándo se le asignaría grupo. Las respuestas fueron: "ya te diremos algo". Pasó la semana y al comenzar la siguiente todo el mundo tenía grupo y de hecho comenzaron esas clases de preparación en horario extra-escolar. Y [REDACTED] continuó preguntando incansablemente por su situación recibiendo evasivas similares. El viernes dieciocho de marzo fuimos a buscarla al colegio con la intención de que su tutora o alguien nos explicase qué estaba pasando. Hipólito, el director del colegio, nos vió en el patio y se dio cuenta perfectamente de que algo queríamos pues salió todo el mundo y quedamos nosotros tres en el patio. Se dirigió a nosotros preguntando si sucedía algo y al exponerle la situación y tras apartar a [REDACTED] de la conversación, nos dijo que estaba excluida porque nosotros no pagamos la aportación voluntaria con una sonrisa triunfal pero irónicamente apelando a la inteligencia de nuestra hija para preparar el examen por si sola.

COPIA

Dos semanas mareando a la niña y recibiendo contestaciones vacías, dos semanas ignorándola. Hemos conseguido a una profesora particular que los sábados por la mañana vendrá a casa para preparar la prueba. Pero ahora resulta que la coordinadora de idiomas del colegio quiere saber qué y cómo se está preparando mi hija, y la están sacando de clase en horario escolar de asignaturas obligatorias para que informe de sus avances con la profesora particular. No entendiendo nada nuevamente y cansados de reuniones en las que se nos trata con descarada inferioridad por parte de la Jefa de Estudios y el Director de Secundaria, optamos por enviar un fax al administrador de los colegios.

La comunicación con el Director, Hipólito Martín y la Jefa de Estudios, Marta Fernández no es posible. Cambian los hechos como les conviene y nunca se disculpan por sus faltas, aunque sean evidentes y hasta creemos que denunciables, y sirva de ejemplo el comentario que la Jefa de Estudios le hizo a [REDACTED] hace unas semanas a la salida del colegio a la 13:10 h: "[REDACTED] correeee, que tienes que pincharte tu insulina y se te hace tarde", en sobrado tono sarcástico. Y en este punto estamos.

Han pasado más de tres años y la situación en contra de solucionarse empeora considerablemente. En este curso no transcurren más de dos semanas sin que recibamos una llamada de la Dirección o Jefatura de Estudios con algún nuevo problema. Estamos agotados, tristes y al límite de nuestras fuerzas y positivismo. Somos padres de una adolescente inteligente y preciosa, que ha demostrado una entereza y responsabilidad que en ocasiones ni los adultos mantenemos; que académicamente se supera diariamente a pesar de disponer de poco tiempo por cumplir con su deber de acudir al gimnasio; que a pesar de las barreras físicas y psicológicas a las que está sometida por parte del colegio su rendimiento escolar no ha disminuido.

Transmitir el miedo que sentimos de que [REDACTED] a consecuencia de todo esto, tire la toalla y comience a descuidar su salud, su nivel académico y su relación con el mundo, porque aunque pueda parecer exagerado estamos hablando de una adolescente normal a la que se está maltratando en su ámbito escolar, y al fin y al cabo su vida se desarrolla allí.

Hablamos muchísimo con nuestra hija, para que su ánimo y fuerza no se pierdan, y bajo ningún concepto vamos a ceder al capricho del colegio, que no es otro que provocar la baja escolar de [REDACTED] en su centro. No estamos dispuestos, porque sabemos que ser diabético no supone ninguna limitación, porque nuestra hija es motivo de orgullo y ejemplo para mucha gente y para nosotros los primeros.

No queremos salir corriendo ante esta situación, porque sabemos que no queremos que nuestra hija reciba ese mensaje, que ante los problemas se huye y que si alguien la maltrata lo sufra en silencio y se sienta culpable. La diabetes aparece un día en tu vida sin ser invitada y se queda para siempre, sin avisar.

Agradecer el tiempo dedicado a leer este extenso texto, que hemos tratado de resumir todo lo posible, pues estos tres largos años han dado para mucho más que hemos omitido. Y suplicar que si al igual que nosotros consideran que lo que hemos expuesto no es lo que debiera ser, tengan a bien comunicarse con nosotros y ayudarnos a resolver esta dolorosa y prolongada situación, que del modo que sea necesario estamos dispuestos a resolver.

Recíban un cordial saludo,

[REDACTED]

[REDACTED]